

Atrasis vol.3

Cuentos de nueva fantasía

ÍNDICE

Prólogo, de <i>Diana P. Morales</i>	9
Sin alma, de <i>Isabel Lozano</i>	11
Eterno, de <i>Verónica Cervilla</i>	19
Ser dos cosas a la vez, de <i>Nuria Sierra Cruzado</i>	29
Tenemos llamada, de <i>Joaquín Pedro Borge</i>	37
Mementos, de <i>Jesús Bravo</i>	47
Mejor que no viniera a casa, de <i>Carlos Domínguez</i>	59
Visitantes, de <i>Rober Rodríguez</i>	69
Y ddinas, de <i>Irene Rodríguez</i>	79
Siete veces nada, de <i>Rocío Liáñez Andrades</i>	97
Desalmado, de <i>Laura S. Maquilón</i>	109
Renacimiento, de <i>Elena Tejedor</i>	129
Olivo, de <i>José Antonio Cabrera Oliva</i>	139

PRÓLOGO

Diana P. Morales

Es el tercer año que se publica esta antología de Atrasis, y el segundo en el que participa mi escuela de escritura, Portaldeescritor. La experiencia en ambos casos ha sido muy bonita y emocionante: siempre se animan a escribir un buen grupo de alumnos/as y ex alumnos/as, probándose en un género que no es tan trabajado en nuestros talleres y menos conocido que otros. Está muy bien que sea así, porque lanzarse a nuevos retos es siempre un buen entrenamiento para quien desea convertirse en escritor/a.

Iniciativas como Atrasis son muy importantes por dos razones: la primera, porque se da una oportunidad de publicar a personas que no llevan tanto tiempo escribiendo; de ahí que todos los participantes sean alumnos o alumnas de escuelas de escritura. Ni que decir tiene que es un placer para ellos, y un honor para nosotros, ver cómo sus avances se concretan en un relato que termina siendo publicado en una editorial de reputación como Triskel Ediciones.

La segunda razón por la que esta antología creo que merece mucho la pena es el género que trabaja, la fantasía contemporánea.

En Portaldeescritor yo misma dirijo un curso de novela de fantasía y ciencia ficción, así que sé de primera mano que casi el 80 % de la fantasía que se escribe actualmente es fantasía en un entorno medieval, siguiendo la estela de famosas obras como El Señor de los Anillos, Canción de Hielo y Fuego (Juego de Tronos)

o Historias de Terramar, obras llenas de magia, espadas, castillos, reyes y dragones.

Y aunque, por supuesto, se pueden seguir escribiendo historias maravillosas dentro de ese encuadre, leer relatos centrados en fantasía que no juega con esa ambientación y con esos elementos puede ser un soplo de aire fresco. Esta antología es, por tanto, un libro en el que la fantasía se postula como lo que es: un género amplísimo con millones de posibilidades. Una puerta que se abre a lo desconocido, donde la imaginación lo ilumina todo como la explosión de una supernova y no podemos más que seguir su estela hasta su brillante desenlace.

Espero que disfrutéis muchísimo estos relatos, muchas gracias a Triskel Ediciones, y que la antología, al igual que la fantasía, perdure muchos años más.

SIN ALMA
Isabel Lozano

A los seis meses de estar dentro del vientre de Lamusa, Remigio Toraya decidió nacer. Y como las fuerzas de la naturaleza se lo impedían, armó una pataleta de tal magnitud que el útero de Lamusa comenzó a girar sobre sí mismo, aumentando la velocidad al tiempo que la llantina subía de tono. Ella, que en ese momento estaba cumpliendo con los oficios dominicales en la iglesia, cayó al suelo entre convulsiones. Se le torció la boca en una mueca imposible que dejó escapar un alarido de bebé desesperado por venir al mundo. Y entre los gritos feroces y las sacudidas, Lamusa se vio arrastrada hasta el mismo pie del altar. Todas las mujeres lloraban lágrimas espesas y amarillas. Una de ellas se agachó y, acariciando la frente sudorosa de la futura madre, le dijo en voz baja:

–Déjalo nacer, Lamusa. Él ya ha elegido el momento.

–No puedo. Todavía no está terminado.

–Pero es que ya has roto aguas.

Y le mostró las lágrimas amarillas de líquido amniótico que lloraban ella y todas las demás.

–No voy a poder resistirlo, moriré aquí.

–Nosotras lo cuidaremos. Vete tranquila.

Una nueva convulsión levantó a Lamusa dos palmos del suelo. Con un crujido, como de madera que se parte, y con gran esfuerzo, consiguió expulsar a Remigio y, junto a él, arrojó gran parte de sí misma. Remigio se retorció en el suelo de piedra, entre los

trozos del corazón de su madre. Entre la sangre y las lágrimas derramadas. Entre el olor a entrañas y a incienso.

Lamusa quedó muerta ante el sagrario. Las mujeres cambiaron el llanto amarillo y espeso por el tibio y salobre mucho más apropiado para los duelos. Los hombres, a cierta distancia, veían la escena con asombro. El cura, en algún momento, se escabulló del altar y estaba ahora confundido entre los demás.

Sidondo Toraya, esposo de la difunta y padre de la criatura, chocaba la cabeza contra la columna que le había estado amparando desde el principio. El ruido de los golpes. El ruido del llanto. El ruido del chapoteo del pequeño Remigio entre despojos. El ruido. El olor. El dolor. El ruido. El silencio.

Y fue así como Remigio Toraya llegó al mundo. Por voluntad propia y a medio hacer. Todas las mujeres de la aldea, que estaban presentes en su nacimiento, participaron en la crianza tal y como habían prometido. Al poco de morir Lamusa, Bada, una abuela de más de cien años, sintió cómo los pechos, arrugados y caídos, se le llenaban de leche; tanta, que se salía a borbotones y le manchó el vestido de los domingos. Como estaba casi ciega, pidió que le pusieran al niño entre los brazos, y sentada en un banco de la iglesia, le dio de mamar todo lo que Remigio quiso. Cuando terminó, apenas una hora más tarde, los pechos de Bada volvieron a estar secos. Pero a Bada le entró melancolía y a las pocas horas desapareció de la aldea.

Lamusa fue enterrada en suelo sacro porque Sidondo Toraya era un hombre rico. De lo contrario, no hubiera sido posible. Morir de la forma en que lo hizo y además frente al altar era un pecado tan grande, que de una forma u otra había que pagarlo. Cuando se la llevaron, olvidaron en el suelo los trozos de corazón desperdigados durante el parto. Sidondo los guardó dentro de su pañuelo y los enterró en el jardín entre las hortensias, sím-

bolo del amor paciente, y el nogal, el árbol femenino de la profecía. No quiso saber nada de su hijo.

Pero su hijo crecía fuerte. Las mujeres seguían recibiendo el milagro de tener leche por turnos, y el niño iba de casa en casa haciéndose grande. Hasta que ya ninguna de sus nodrizas podía amamantarlo. No se lo quisieron llevar a Sidondo, todavía no. Cuando el padre reclamó al hijo, el pequeño tenía ya la edad de seis años.

Las mujeres acompañaron a Remigio hasta la verja del jardín de la casa de Sidondo, un domingo después de misa. Le habían comprado un trajecito nuevo de niño mayor. Fueron todas juntas porque la pena de dejar al pequeño con aquel hombre, taciturno y oscuro, resultaba demasiado grande para una sola. Remigio todavía tenía los dientes de leche, pero ya no cabía duda de que a Lamusa no le dio tiempo de hacerle un alma completa. Inventaba, ajeno a la realidad, nombres de madre para cada una de sus nodrizas, a las que juraba amor eterno cada día. Cambiaba de casa lleno de abrazos. Y se escondía temeroso de los hombres, que lo consideraban un pecado viviente por aquella forma de venir al mundo. Ningún hombre soportaba a Remigio, menos aún su propio padre; una fuerza mayor se lo impedía. El niño tenía el color dorado de los ojos de Lamusa, pero dentro de ellos no había brillo. Tan sólo la chispa sencilla de un alma a medio cocinar. Un criado salió a la puerta a recibirlo. Cogió el pequeño fardo que el niño traía como equipaje, y sin mediar palabra se volvió de nuevo hacia la casa. Remigio fue tras él en silencio. Sin protestar. No lloró al despedirse. Besó a todas. Dijo adiós con la manita y atravesó el jardín como si ya lo hubiera hecho muchas veces. Luego desapareció tras el portón. Una ráfaga de aire tibio atravesó a las mujeres antes de que pudieran marcharse y dejó una nuez a los pies de cada una con la certeza de que algo terrible iba a ocurrir.

Las mujeres cayeron en un estado de melancolía del que ya jamás pudieron deshacerse. No volvieron a ver vivo a Remigio Toraya.

Aquel otoño no llegaron vientos nuevos, ni tampoco al otoño siguiente ni al otro ni al otro. Durante nueve años, nada ni nadie pudo salir o entrar en el pueblo. Y así, la vieja brisa que acompañó a las mujeres hasta la casa de Sidondo, y que a veces era sólo aire, otras una ventisca, un ciclón o un simple viento, se quedó encerrada dentro de los límites de la aldea. Después de nueve años respirándolo, el aire estaba tan cargado que los suspiros de unos eran el oxígeno de otros. Algunas veces, por casualidad, alguien respiraba un suspiro propio lanzado años antes. Las penas pasadas se mezclaban con las nuevas. Los suspiros se retorcían más grandes, más profundos, más dolorosos. Entonces, el viejo viento, abatido, se escondía entre las rocas del acantilado. Esos días su lamento se escuchaba en todas partes. No había forma de librarse. Era un quejido suave y continuo que se colaba por las rendijas de las casas, por los pliegues de la ropa recién planchada, por los orificios del cuerpo. Lo llamaron Besoa.

De Remigio nunca más se supo. Sidondo Toraya no ocultaba su desprecio a las mujeres que preguntaban por él, y su criado arrojaba cubos de agua ardiendo a toda aquella que se acercara más allá de la verja de la casa. Con el tiempo, dejaron de preguntar. Los hombres apoyaban a Sidondo. Bastante desgracia era tener un hijo a medio hacer. Resultaba imposible quererlo, mostrárselo al mundo. Todos lo entendían. Todos compadecían a ese padre. Todos recordaban aquel domingo del nacimiento de Remigio, que mató a su propia madre dentro de la iglesia. Tenerlo oculto era lógico. Cualquiera de ellos hubiera hecho lo mismo.

Por un motivo o por otro, del hijo de Lamusa, en aquel pueblo, jamás se hablaba.

El día del decimoquinto cumpleaños de Remigio, Kaili, una muchacha de apenas catorce inviernos, desapareció. La habían visto recogiendo moras por uno de los caminos. Pero los caminos estaban vacíos y los zarzales repletos. Buscaron a Kaili día y noche. Al atardecer del sexto día, una brisa suave llevó el aroma de las hortensias de Lamusa hasta las mujeres. Kaili había muerto. Mohapi, un año mayor, encontró el cuerpo roto y sucio de sangre, de sudor y de barro. Había sido golpeada. Le habían arrancado el corazón y lo habían dejado en el suelo. Pero faltaba un trozo. Mohapi se agachó junto al cuerpo vacío de su amiga, y Kaili suspiró. Su suspiro entró de lleno en los pulmones de Mohapi, que lloró desconsolada un tormento que ya era también suyo. Suspiró a su vez. Y los dos suspiros fueron recogidos por el Besoa, que los arremolinó para arrastrarlos por todos los rincones sin dejar ningún resquicio. Y allí, donde había un alma, surgía un nuevo suspiro que se unía a los anteriores y se mezclaba con los de otros días, hacia atrás y más atrás, hasta aquel domingo en el que las mujeres dejaron a Remigio en la verja de la casa de Sidondo.

No se encontró al culpable.

Nadie pensó en Remigio. A fin de cuentas, llevaban nueve años sin verlo.

Un mes más tarde, desapareció Mohapi. También salieron a buscarla día y noche. También su cuerpo se encontró después de una brisa con el olor de las hortensias de Lamusa, que certificaba su muerte. También había sido maltratada y mutilada. También estaba rota. Y también un trozo de su corazón, lleno de tierra, yacía tirado en el suelo. El Besoa se escondió entre las rocas durante días. Su lamento desesperado no cesaba. Muchas madres intentaron salir del pueblo con sus hijas, pero pasaba lo de siempre: el mismo camino que las llevaba a la salida, volvía a traerlas. Estaban condenadas. Condenadas. Condenadas.

No se encontró al culpable.